

Progresismo militar en América Latina durante el período entre guerras

GUILLERMO BOILS MORALES

INTRODUCCIÓN

Estas páginas pretenden adentrarse en algunos aspectos concretos de los establecimientos militares latinoamericanos, durante un lapso de tiempo que comprende, aproximadamente, las décadas 20 y 30 del siglo en curso. Dichos aspectos se refieren a la manifestación de orientaciones político-ideológicas de carácter reformista y aun revolucionario en diversos elementos de los aparatos militares de la región. Las experiencias militar-progresistas¹ que se consideran en el estudio son tanto las de sectores que llegan a ocupar por algún tiempo la conducción del aparato de Estado (Cárdenas en México; Busch, Toro y Villarreal en Bolivia; Marmaduke Grove en Chile), como las que sólo adquieren importancia como corriente o movimiento político (el Tenentismo en Brasil).

Este trabajo es un esfuerzo preliminar para enlazar una serie de casos concretos que ya han sido revisados en forma monográfica, a partir de los cuales ahora se busca establecer algunas generalidades mínimas. Por tal motivo el análisis de estas experiencias es abordado desde una perspectiva global, lo que necesariamente obliga a dejar de lado un sinnúmero de detalles y especificidades. Sin embargo, se intenta trazar una visión de conjunto sobre las causas que permitan adelantar explicaciones generales y, al mismo tiempo, apuntar los factores más relevantes para cada situación particular.

¹ Por Progresismo se entiende aquí a ideas y/o acciones políticas que apuntan hacia algún tipo de modificación estructural en una formación social dada; comprendiendo tanto puntos de vista y comportamientos políticos reformistas, como revolucionarios. Por reformista se entiende a las posiciones que rechazan diversas bases estructurales del sistema de dominación-explotación, sin proponerse la sustitución del mismo. Mientras que se considera revolucionarias, a aquellas posiciones que no sólo se oponen al sistema, sino que sostienen la necesidad de sustituirlo.

Una preocupación teórica que motiva el trabajo, se halla en la necesidad de demostrar los desaciertos en las posiciones liberales o positivistas—particularmente de estudiosos norteamericanos—² quienes sostienen que los establecimientos armados actúan como fuerza autónoma, cuya praxis política y decisiones se colocan por fuera de las clases sociales y, por consiguiente, su intervención en el proceso político sólo se da a través de golpes de Estado, quebrantando el orden institucional. En su crítica al militarismo, los liberales lo reducen a un fenómeno que invariablemente actúa como sostén brutal del *statu quo*. Ciertamente, dichas organizaciones se instituyen para fines eminentemente represivos en defensa del orden establecido; pero como señalara Antonio Gramsci, están constituidas "... por hombres pensantes y no autómatas sólo utilizables por coerción mecánica y física".³ Y este hecho los hace permeables a las contradicciones que se desarrollan en la sociedad de la cual proceden. Sin duda, la rigidez en la disciplina castrense prepara y posibilita el espíritu de cuerpo en el seno de las fuerzas armadas; pero es imposible que logre aislar a sus integrantes de los procesos sociopolíticos que ocurren a su alrededor, así se los mantenga acuartelados por períodos prolongados. Considerar que todo soldado u oficial de bajo rango acepta convencido las tareas represivas que le son ordenadas por sus jefes, es olvidar que no hay instituciones monolíticas y que la diversidad social en los componentes de las fuerzas armadas bajo situaciones sociales límite, puede desembocar en una ruptura interna de alcances mayores o menores. En fin, es pertinente no olvidar aquella idea que Trotsky apuntara en el sentido de que la lucha de clases no se detiene a la puerta de los cuarteles.⁴ Dicha afirmación se ve profundamente confirmada con la Revolución rusa de 1917 y se ha comprobado históricamente en todo proceso revolucionario.

Independientemente de las reflexiones expuestas, se reconoce que las instituciones armadas son el principal dispositivo de coerción estatal. En consecuencia, el trabajo no trata de fundamentar que en el capitalismo esos dispositivos sean factor potencial decisivo de la transformación social. Más bien se quiere insistir que la experiencia histórica, en este caso latinoamericana, revela diversos casos en que las ideas sociales avanzadas cobran expresión en las organizaciones castrenses, adquiriendo fuerza entre núcleos más o menos importantes de sus elementos.

En este orden de ideas, el estudio se sitúa en un plano analítico doble: de un lado, revisar las condiciones internas de las fuerzas armadas para

² En esta perspectiva se encuentran autores como Edwin Lieuwen, John Johnson, Morris Janowitz y otros.

³ Antonio Gramsci. *El Risorgimento*. Editorial Granica, Buenos Aires, 1971, p. 122.

⁴ A este respecto véase Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*. Ed. Galerna, Buenos Aires, 1972. Tomo I, págs. 292 a 317. Y también Beskrovni *et al.* *La lucha de los Bolcheviques en tres revoluciones para ganarse al ejército*. Ediciones Progreso, Moscú, (s.f.).

encontrar aquellos factores que permitan explicar el surgimiento y desarrollo de tendencias progresistas entre los uniformados; y, por otro, detenerse a examinar el proceso histórico social en sus rasgos estructurales y coyunturales para encontrar los elementos que influyeron con mayor peso en la incidencia del fenómeno que nos ocupa. A este respecto, el estudio toma en consideración de manera especial la crisis capitalista de 1929, y sus efectos sociopolíticos tan contundentes sobre la formación social latinoamericana.

Algunas proposiciones tentativas

Tomando como base los planteamientos arriba expuestos, se considera que el ascenso de tendencias progresistas entre los militares latinoamericanos del período entre guerras, se ve alentado por la crisis, particularmente la de 1929. Ahora bien, la crisis y recesión que la sucede no son condición suficiente para que proceda el progresismo militar; actúan de manera significativa para estimularlo, pero no bastan para su existencia. Por tanto, han de contemplarse otros elementos histórico-estructurales que la crisis alteró —o bien precipitó— en su desarrollo. Así, el empuje de la lucha de clases por un lado, y la necesidad del desarrollo capitalista latinoamericano de depurar la formación social liquidando formas residuales semicapitalistas, por el otro; contribuyen a la explicación del militarismo progresista. En efecto, la relativa penetración ideológica de las concepciones socialistas y nacional reformistas en el ámbito castrense, es producida como una respuesta consecuente con la percepción de un estado de cosas crítico, especialmente para los sectores dominados de la región. Del mismo modo, cabe considerar el desenvolvimiento de los sectores sociales intermedios, dado que ellos ejercen presiones sobre las estructuras de dominación.⁵ Estas presiones van dirigidas a buscar canales de expresión política para dichos sectores. En la medida en que los Estados oligárquicos bloquean el ascenso político de esas fuerzas sociales, las van definiendo, paulatinamente, como antioligárquicas. Y esto surte efectos considerables en el nivel de la oficialidad intermedia, precedente en su mayoría de las capas sociales antedichas.

El progresismo militar está presente en mayor o menor grado en esferas de los ejércitos latinoamericanos; lo que no significa que en todos los países cobrara importancia política como fenómeno orientado a la superación del sistema de dominación oligárquico-latifundista. Es más, en

⁵ Atendiendo a la diversificación económica, urbanización, crecimiento industrial relativo, etcétera, los sectores sociales medios no adquieren la misma importancia en los distintos países. Pues mientras en Argentina, por ejemplo, su desarrollo es notable ya desde fines del siglo pasado, en Bolivia, en cambio, su gestación es precaria hasta el siglo en curso.

todas las experiencias de progresismo militar del período cubierto en este estudio, no se llega aún a la ruptura del establecimiento militar. Ni siquiera en Cuba cuando en 1933, como veremos más adelante, fueron destituidos casi en su totalidad los jefes y oficiales de alto rango, desplazados por sargentos y soldados.

Lo cierto es que si la sociedad toda no entra en revolución, es imposible alterar la estructura y sentido de las fuerzas armadas. De esta suerte, pasada la efervescencia política que puso en un plano destacado a los militares progresistas, los mandos militares retornan a los representantes más característicos de los intereses de la clase hegemónica. O bien, ocurre que los militares avanzados son coptados por la ideología imperante.

Las FF.AA latinoamericanas en las décadas 20 y 30.

Desde comienzos del siglo en curso, se dieron pasos importantes hacia la profesionalización en las organizaciones militares latinoamericanas. Las formaciones irregulares, caudillescas y basadas en la leva, fueron paulatinamente transformadas en dispositivos relativamente modernos, tanto en su organización como en su equipo. Si bien no se crean establecimientos armados con la fuerza y capacidad bélica de las naciones capitalistas industriales, se modifican diversos aspectos importantes de los grupos castrenses tradicionales del hemisferio.

Es entonces que se aumentan los presupuestos militares, crece el número de efectivos con paga regular y se ensancha la base de los ejércitos. El servicio militar obligatorio es establecido en varios países, con lo que se fortalece, notablemente, la tendencia a ampliar la base social de las fuerzas armadas. Aunque la oficialidad continúa nutriéndose con elementos procedentes de la clase terrateniente, aparecen también oficiales surgidos de la pequeña y mediana burguesía, caso que especialmente ocurre en Brasil hacia la segunda década de este siglo⁶ y en Argentina a partir de los años 20's.⁷

En Uruguay, con los comienzos del siglo, se ponen en práctica bajo el gobierno de Batlle medidas modernizadoras, inspiradas en el modelo francés de organización militar. Se procede a la rotación periódica de los comandantes militares en las diferentes regiones y se fortalece el poder estatal; asimismo, se ven aumentadas las remuneraciones a los miembros

⁶ Kossok, Manfred. *Et al.* "¿A quién sirve el ejército?: el papel político de los militares en los países en desarrollo". En *Revista Internacional*, Praga, abril de 1974. p. 31.

⁷ Véase J. L. de Imaz. *Los que mandan*. EUDEBA, Buenos Aires, 1964. Capítulos III y IV.

de las fuerzas armadas y se incrementan los canales de movilidad ascendente, vía los escaños de la organización castrense.

Un fenómeno aproximado ocurre en Chile hasta el término de la primera guerra mundial. Sólo que aquí incide además la victoria sobre el Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico (1879). Así, el aparato militar es una suerte de encarnación de la nacionalidad; su disciplina y profesionalización, inspirados en los moldes prusianos, adquieren un nivel destacado entre el conjunto regional desde las postrimerías del siglo pasado.⁸

En el Caribe y Centroamérica, la presencia del imperialismo norteamericano impone claramente sus concepciones e ideología sobre los establecimientos militares. La ocupación territorial por efectivos estadounidenses durante lapsos de meses y aun de años en Cuba, Nicaragua y Haití, así como el establecimiento de fuerzas en Puerto Rico y Panamá, definen los propósitos sociopolíticos y los esquemas sobre los que se cimentarán las fuerzas armadas de esa región.

En México, la revolución iniciada en 1910 destruye al ejército federal y en su lugar los ejércitos populares van integrándose en el nuevo germen estatal, durante el decenio que sigue al de la lucha armada. En 1925 se da curso a la profesionalización y se van liquidando los residuos del caudillismo militar heredados de la fase insurreccional.

Perú, por su parte, nos muestra una lucha entre fracciones oligárquicas, y el militarismo no mantiene una orientación definida, respecto a las fuerzas sociales en pugna. El desarrollo organizativo militar no es sobresaliente entre las naciones latinoamericanas, aunque su nivel de fuerza y presupuestal son proporcionalmente elevados, atendiendo a la situación frente a Chile, después de la guerra del 79.

Bolivia, por último, muestra un establecimiento militar cuyo atraso es equivalente al del país en su conjunto. La modernización allí es lenta y accidentada. Los mandos militares están más preocupados por sus intereses políticos que por la profesionalización de los cuerpos castrenses, hasta que son sorprendidos con la derrota en el Chaco a manos de otro ejército tan atrasado, como es el del Paraguay.

En suma, la integración de las fuerzas armadas en los años 20-39 para la generalidad de América Latina, responde a intereses de la dominación oligárquico-terrateniente. La defensa del sector agroexportador como fuerza dominante en lo político y lo económico se constituye en el papel central desempeñado por casi todos los ejércitos latinoamericanos. De donde se desprende que no tuviesen los recursos armamentistas más avanzados de su tiempo, como no los tienen hoy día.

Las reformas en las corporaciones militares que se introducen al término de la primera guerra mundial, tienen su origen en la creciente incorporación de América Latina al sistema capitalista internacional;

⁸ Véase a Alain Joix. *Las fuerzas armadas en el sistema político de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1970.

fenómeno que trae aparejada la necesidad de reforzar los instrumentos de coerción. La finalidad de ello estriba en mantener el orden interno en tanto condición necesaria, aunque no suficiente, para mantener los índices de productividad en el sector agro-minero. Es en esa perspectiva donde se sitúan los cambios en la formación profesional de los cuadros de mando, al crearse las Escuelas Superiores de Guerra y sustituir al militar tradicional de campaña, por el de carrera.

Lo que resultó imposible desterrar en muchos establecimientos militares, a pesar de las reformas, fue la corrupción y el favoritismo. Así, en casos extremos como el del ejército cubano, la promoción a todos los niveles se sostuvo basada en la relación personal entre jefes y subalternos. El recluta u oficial lograba su ascenso en respuesta a los favores dados o servicios prestados a un superior. De esta manera, se integró desde los primeros años del siglo, todo un sistema de compromisos y lealtades individuales, bien impregnado por el servilismo y el oportunismo político. Paradójicamente, esta situación contribuyó, en algunos casos, a incrementar el descontento interno en la base y los sectores intermedios de las fuerzas armadas.

Crisis capitalista y Estado oligárquico

Desde unos años antes de la crisis económica de 1929, el sistema de dominación oligárquica empezó a mostrar síntomas de deterioro en América Latina. En algunos casos, como en México, el Estado oligárquico se precipitó hacia 1915. En su caída, fue decisiva la insurrección campesino-popular que destruyó al principal pilar en que se sustentaba el aparato estatal oligárquico-liberal: el ejército. Sin embargo, para la generalidad de los países, el ocaso de la hegemonía oligárquica tiene lugar durante la cuarta década.

Es sabido que el desarrollo de los regímenes oligárquicos corre paralelo a la incorporación de las economías latinoamericanas al mercado mundial capitalista. Este fenómeno asume diferentes modalidades y se procesa a un ritmo desigual para cada nación, pero en general cobra importancia en el último cuarto del siglo XIX. En su desenvolvimiento, el eje de la acumulación se localiza en las actividades primarias, cuyo destino es la exportación. El aparato productivo orbita en torno al sector agroexportador o minero-exportador. De donde se sigue que las fracciones sociales dominantes sean precisamente la clase terrateniente tradicional y la clase mercantil.

El Estado que se organiza mantiene, por lo general, una ideología liberal en lo económico, mientras que sus mecanismos de dominación son señaladamente autoritarios. En él, se presentan rasgos muy marcados de predominio patrimonial con formas caudillescas que impregnan y deter-

minan las relaciones políticas. Del mismo modo, advertimos una vinculación directa e identidad frecuente entre los altos funcionarios estatales y los intereses económicos predominantes. Así como en el plano económico el círculo de las clases dominantes es estrecho, en el sistema de poder el núcleo de quienes intervienen en las decisiones estatales es bien restringido.

En algunos países, sobre todo en la zona andina y en mesoamérica, la formación social muestra importantes residuos estamentales, integrados a la organización clasista propiamente dicha. Si bien el modo de producción capitalista impera, respecto a otros modos de producción, se halla aún muy mezclado con éstos.

Ligado a lo anterior se encuentra la desarticulación de un mercado interno de verdaderos alcances regionales. La producción y circulación de mercancías —salvo el sector agroexportador— se reducen a mercados regionales y aun locales. Acompañando a esta situación existen diferentes grupos de poder regional que ejercen una indisputada esfera de influencia, que llega a rivalizar con el poder central. La integración del Estado oligárquico ocurre, precisamente, en el momento en que se equilibran o integran los intereses de los hombres fuertes regionales y del jefe del Estado.

Por otra parte, la oligarquía no es en rigor una clase, sino más bien una forma de dominación de clase. Así, el Estado oligárquico está referido a formas concretas de dominación basadas primordialmente en una estructura de poder donde el jefe del Estado reproduce a escala ampliada la imagen del hacendado, pero en un plano nacional. Estos mecanismos de dominación autoritarios, al tiempo que personalistas, casi no admiten la crítica y en la mayoría de los casos difícilmente sobreviven a organizaciones políticas de oposición.

Las clases explotadas son mantenidas bajo condiciones de sometimiento político muy marcado. Los sindicatos de clase sólo se organizan en algunos centros fabriles en las zonas urbanas, mientras que no es raro que en el campo los trabajadores agrícolas padezcan diversos rasgos de explotación semicapitalista. Cualquier intento entre los sectores populares de manifestar algún tipo de inconformidad es sofocado con el uso de la fuerza física. Precisamente es aquí donde se aprecia mejor la importancia que adquieren los organismos coercitivos. A medida que la hegemonía oligárquica se siente amenazada, el fortalecimiento de los dispositivos policíaco-militares tiende a ser mayor. No obstante, las clases explotadas van aumentando sus niveles organizativos y de conciencia, con lo que la lucha de clases se torna más álgida, nutrida por sucesivos desequilibrios económicos al término de la primera guerra mundial.

También es significativo el desarrollo de los sectores medios, que alcanza niveles importantes particularmente en el Cono Sur, Brasil y México, en el marco de un proceso creciente de diversificación social. Con el incremento de los sectores medios, aumentan las presiones sobre el sis-

tema de dominación oligárquica. Ciertamente, estos sectores no componen una fuerza social homogénea. Mientras unos núcleos están ligados a la estructura clasista tradicional y, por ende, son dependientes de la oligarquía a través de relaciones de clientela política, ocupación y mercado; otras, las que emergen, rivalizan con los intereses oligárquicos, aumentando sus aspiraciones y reclamos. Estas últimas se vincularán políticamente con los sectores populares, expresarán posturas nacionalistas de rechazo al capital extranjero; propondrán la necesidad del desarrollo industrial, la ampliación en la participación política, la realización de reformas diversas y expresarán una idea de justicia social que en variable grado de vaguedad o consistencia estará presente en el Radicalismo de Irigoyen en Argentina, en el Batlismo del Uruguay o en el movimiento radical de Alessandri en Chile. Asimismo, ante el bloqueo en los conductos de ascenso político en los regímenes oligárquicos, estas capas ven en las fuerzas armadas una de las pocas instituciones donde pueden promoverse.⁹

En la determinación de la crisis hegemónica de la oligarquía latinoamericana intervienen diversos factores. Entre ellos, destaca la composición de las relaciones del centro imperialista con las áreas dependientes del sistema capitalista. Lo que nos remite al proceso en que las naciones europeas, particularmente Inglaterra, ceden lugar ante los Estados Unidos, nación que se convierte en el nuevo centro hegemónico del sistema en el mundo. De manera equivalente, se van redefiniendo los términos en las relaciones de dependencia; de tal suerte que la vinculación de las clases nativas con la burguesía imperialista, asume nuevas modalidades. Este cambio se advierte sobre todo en que esta última pasa a intervenir más directamente en las naciones dependientes a través de inversiones directas de capital, que van sustituyendo a los mecanismos financieros y comerciales como principal vehículo en las relaciones de dependencia.

En el aspecto interno, la formación gradual de un mercado cada vez más nacional, sustituye o integra los mercados regionales, depurando las formas residuales de intercambio precapitalista. En el caso de las economías de enclave, esto se presenta con el establecimiento de relaciones típicamente salariales en minas y zonas agropecuarias. A ello habría que añadir la emergencia y desarrollo de las fuerzas sociales ya apuntadas: sectores medios, proletariado urbano y fracciones de la burguesía, especialmente en la rama industrial.¹⁰

⁹ José Nun. "América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar" en: *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Vol. VI, No. 22-23, julio-diciembre de 1966, p. 373.

¹⁰ La formación de la burguesía industrial que se enfrenta a las fracciones terratenientes y comerciales, ocasiona una división antagónica las más de las veces. Para decirlo en los términos de Quijano: "...la burguesía va quedando dividida en dos corrientes políticas: sus fracciones oligárquicas y sus fracciones no oligárquicas". Aníbal Quijano. "Crisis de hegemonía política en América Latina" en: *Economía*, Quito, junio de 1973. No. 58, p. 16.

El elemento conyuntural que aceleró —y en muchos casos consumó— la caída de los regímenes oligárquicos fue, sin lugar a dudas, la crisis mundial de 1929. Salvo el gran capital monopólico, todos los sectores resienten los desfavorables efectos de la crisis; pero es entre las clases populares donde la situación se vuelve más difícil. El resultado político se expresa en amplias movilizaciones y en el avance de organizaciones nacional-reformistas o de izquierda; al tiempo que los grupos de derecha se aglutinan en torno a programas muy próximos a los del Nacional-socialismo o fascismo europeos. Vemos así cómo en el convulsionado ambiente que sigue a 1929, se opera una generalizada polarización de fuerzas sociales, a la que no escapan muchos aparatos militares.

La base de los ejércitos se ve compartiendo con el proletariado y las clases explotadas hondas privaciones materiales impuestas por el agudo colapso del sistema. Este hecho influye grandemente en la introducción de ideas políticas tanto reformistas como revolucionarias, entre núcleos importantes de los uniformados. Por su parte, la alta oficialidad, salvo casos aislados, conserva su actitud tradicional de defensa al orden establecido; mientras que los síntomas de ruptura en el interior de los cuarteles se hacen más evidentes. Ahora bien, no en todos los países las fuerzas armadas respondieron igual. De esta manera, en casos como Argentina, el año 30 tiene lugar un golpe militar con respaldo oligárquico contra el Radicalismo, mientras que en otros puntos del hemisferio las armas no parecen tomar un camino político definido.

Experiencias concretas del Progresismo militar

Los casos más importantes del fenómeno que nos ocupa, no siempre desembocaron en la toma del poder por los representantes de las tendencias progresistas. Incluso, resultó común que las acciones de soldados, marineros, oficiales medios e inferiores se quedaran en meras reivindicaciones económicas (pago de salarios atrasados, protestas contra abusos de superiores, contra pésimas condiciones alimenticias y de servicios médicos, etc.). Pero lo cierto es que en ocasiones se llegó a movimientos con directrices políticas claramente nacionalistas y antioligárquicas, a partir de demandas inmediatas. Este es el caso precisamente de los tenientes alzados contra el grupo de coroneles que controlaban al ejército brasileño hacia las primeras décadas del siglo. Dicho movimiento, conocido como el Tenentismo, se organiza por el descontento reinante entre un considerable número de elementos de las fuerzas armadas, respecto a los privilegios aristocratizantes que prevalecían en la cúpula de la oficialidad. Sólo que, hacia los años 20, la inconformidad desemboca en un proceso que amalgama a un sector importante de los oficiales medios, en contra de la república oligárquica. En ese momento los oficiales intermedios llevan

a cabo una serie de rebeliones armadas, cuyos objetivos van más allá de la reorganización militar. Apuntando hacia reformas sociales, buscan abrir cauces democráticos para la expresión política de los sectores populares. En ese proceso destaca el capitán Carlos Luis Prestes, quien más tarde estaría entre los cuadros destacados y pioneros del movimiento comunista del país. Sin embargo, el Tenentismo carecía de una ideología coherente y estuvo muy lejos de integrar un programa de transformación social. Su razón de ser se encuentra, ante todo, en su rechazo al clima autoritario prevaleciente en la república oligárquica, aproximándose al radicalismo romántico enarbolado por los sectores medios liberales de su época. La república resiste, aunque cada vez más debilitada, hasta 1930, en que una rebelión con apoyo social más extendido lleva al poder a Getulio Vargas. Sin embargo, éste mantiene vínculos orgánicos con los núcleos oligárquicos, pretendiendo conservar el sistema realizando ajustes a fin de hacerlo más ágil; pero, sobre todo, logrando una relativa autonomía estatal.

En otras circunstancias, las fuerzas armadas chilenas atraviesan por un sendero que, al igual que en Brasil, lleva al enfrentamiento de numerosos oficiales medios con los intereses oligárquicos. En 1924 la falta de pagos a los uniformados posibilita una salida golpista de la oligarquía a través de los altos mandos militares, contra el gobierno radical de Alessandri. Empero, al año siguiente los cuadros castrenses intermedios se levantan contra sus jefes encabezados por Marmaduke Grove y Carlos Ibáñez y reinstalan al jefe del radicalismo chileno. Ibáñez, convertido más tarde en dictador (1927-1931) crea el cuerpo de carabineros, de origen más popular en sus integrantes al tiempo que intenta ensanchar las bases sociales del Estado. La crisis y la oposición creciente a su gobierno autoritario tendrán como salida temporal la República socialista de 1932, instaurada con el propio Grove como su cabeza política más importante —a la sazón comodoro de la Fuerza Aérea—, y Eugenio Matte como su ideólogo más destacado. El proceso sólo durará doce días, en que se decretarán diversas disposiciones jurídicas, sin efecto alguno en la práctica. El lema de la República Socialista “pan, techo y abrigo para todos los chilenos”, sintetiza los objetivos trazados por la dirección del proceso. En realidad, la efímera vida de esa república se explica por el hecho de que sus promotores se desenvuelven entre y con los sectores medios, sin alcanzar un verdadero soporte popular. Militares socialistas y liberales intervienen con entusiasmo en el evento, pero su entusiasmo se ve frustrado en menos de dos semanas al no haber contado con la alianza orgánica del proletariado y las fuerzas de izquierda desde antes de decretar la república. Así, en pocos días los representantes tradicionales del militarismo pro-oligárquico recuperan el control de la situación y Grove se desploma junto con la República Socialista. Cuatro años más tarde, al integrarse en 1936 el Frente Popular, los intentos reformadores que inspiraron la República Socialista comenzarán a fraguar sobre bases políticas más consistentes.

Por su parte, el ejército cubano experimenta en su seno múltiples expresiones de los antagonismos sociales que sacuden a la formación isleña, desde su independencia en 1898. El malestar no únicamente se alimenta de la corrupción generalizada en el aparato militar, sino que incide también el racismo de jefes y oficiales, criollos en su mayoría, sobre la tropa integrada en gran parte por soldados negros o mulatos. Los sucesivos gobiernos liberales o conservadores, alternados con varias ocupaciones militares estadounidenses en territorio cubano, no toman iniciativa para cambiar la situación ni gozan de bases legítimas ante la ciudadanía. Durante la dictadura de Gerardo Machado (1925-1932), las huelgas obreras se incrementan y el movimiento estudiantil adquiere una fuerza política que destaca en el continente. Machado cae tras una vigorosa movilización popular, acompañada de una huelga general que prácticamente paraliza la isla. La junta de gobierno que se integra por elementos de clase media cercanos a las clases dominantes y al imperialismo se revela incapaz de controlar la situación, cuyas raíces estructurales no pueden ser resueltas con declaraciones de retorno a la normalidad. La efervescencia insurreccional gana los cuarteles y en la primera semana de septiembre de ese año los soldados toman las principales instalaciones militares de La Habana. El Estado Mayor es desconocido y los sargentos que encabezan la insurrección lanzan proclamas al pueblo cubano, en las que fijan su posición en contra de la oficialidad y del despotismo político. En ciertos casos, los soldados llegan incluso a proponerse integrar *soviets*, junto con obreros y campesinos. Sin embargo, pasadas unas semanas, el movimiento sufre un paulatino desgaste y el sargento Batista, quien fuera uno de sus principales dirigentes, se alía a las clases dominantes isleñas y al imperialismo. Los resultados son, en lo fundamental, la remoción de la mayoría de los mandos, que son sustituidos por elementos de la base militar. Por otro lado, se forma un nuevo gobierno de cuño reformista, en donde tienen una fuerte presencia las fuerzas antimperialistas, pero que sólo dura unos meses. Batista —ahora coronel y más adelante Generalísimo— es ya el hombre fuerte de Cuba, predominio que mantendrá por más de dos décadas. Aún así, el germen progresista entre los uniformados cubanos no desaparece, en la misma medida en que la lucha de las clases dominadas se mantiene hasta el triunfo revolucionario de 1958-59.

A su vez, la experiencia boliviana nos remite a un ejército oligárquico que en las tres primeras décadas del siglo es proclamado por los voceros de la rosca minera como una fuerza invencible. Pero al estallido de la guerra con el Paraguay, la Guerra del Chaco de 1932, esa fuerza no resistirá la prueba, sufriendo una derrota definitiva que pone en jaque al propio sistema de dominación oligárquico. A lo largo de más de tres años que dura el conflicto, se deteriorará profundamente la estructura tradicional del aparato militar. Los jefes bolivianos dan pruebas claras de su ineptitud, buscando sacar adelante la campaña bélica con un triunfo

cada vez más lejano; situación que los descalifica frente a sus subordinados; de los que afloran cuadros nuevos entre los niveles medios y bajos de la oficialidad, en su mayoría jóvenes provenientes de las capas medias urbanas. La propia masa combatiente asoma como un peligro social para la oligarquía, pues con el conflicto se le crea la noción de ciertos derechos y satisfacción de necesidades, a más que se le familiariza con el manejo de las armas. En este clima las ideas antioligárquicas y antimperialistas prenden entre múltiples uniformados, pues además centenares de militantes políticos de izquierda detenidos, portadores de dichas ideas, eran remitidos al frente de batalla. Al término de la guerra, la desmovilización de decenas de millares de efectivos aumentó los índices de desempleo, especialmente en ciudades y distritos mineros. El movimiento obrero avanzó en combatividad y el Estado se reveló inútil para contener el desafío obrero, lo que hizo inevitable su desplome en 1936. El coronel David Toro asume el poder, con el respaldo de esas nuevas camadas de oficiales, autodefiniéndose como socialista desde el primer momento. Su programa en realidad apuntaba prioritariamente a elevar el nivel de vida. Pero en ello no obtuvo mayores resultados que el impulso a la organización sindical, reformulando al Estado sobre ciertas bases corporativas con matices reformistas. La pretendida política 'obrerista' no lesiona los intereses oligárquicos, más que parcialmente a algunos terratenientes; y, junto a esta medida, la expulsión de la Standard Oil y la consecuente nacionalización petrolera lo enfrenta con el imperialismo. Al año siguiente Toro es sustituido por otro militar veterano del Chaco, el coronel Busch, quien inicia su gobierno con nuevos impulsos reformistas, creando el primer Código Laboral del país. La presión oligárquica limita cada vez más a Busch y se dice que éste se suicida en 1939. El poder regresa a la oligarquía y el episodio del llamado socialismo militar se cierra temporalmente, para aflorar unos años después al término de la segunda guerra mundial con el gobierno de Gualberto Villarroel.

La Revolución mexicana irrumpe introduciendo un sinnúmero de cambios en la formación social. Para el decenio que principia en 1920, el nuevo Estado va fraguando sus bases de sustentación. La institucionalización del proceso corre paralela a la pérdida de influencia política de los caudillos militares, el poder central se va imponiendo desde los gobiernos de los generales Obregón (1920-24) y Calles (1924-28) para iniciar la construcción de un sólido sistema político con dimensiones efectivamente nacionales. El ejército popular sufre una recomposición y se fundan instituciones que contribuyen a su profesionalización. En este contexto, la crisis de 1929 y la recesión de los primeros años treinta impulsan el movimiento obrero, mientras que en el campo las luchas no se extinguen debido a la precaria marcha de la reforma agraria. En ese sentido, el régimen del general Lázaro Cárdenas (1934-40) representa un intento por realizar un conjunto de reformas y nacionalizaciones, para liquidar el poderío económico de la oligarquía, y reivindicar los re-

cursos básicos del subsuelo mexicano. Este régimen tal vez no deba ser contemplado en rigor como el de un militar, sino más bien como el de un estadista. Sin embargo, el general Cárdenas es representativo de un grupo de militares que sostienen posiciones reformistas, en ocasiones cercanas al socialismo, entre los que pueden señalarse a los también generales Heriberto Jara y Francisco Mújica, entre otros de menos trascendencia histórica. Lo cierto es que dados los orígenes de las fuerzas armadas mexicanas, por ellas desfilan muchos elementos de ideas políticas avanzadas, particularmente durante los primeros 25 ó 30 años que siguen al movimiento iniciado en 1910. Si regularmente el desempeño del aparato militar, así como el del Estado se mantienen bajo la dirección de corrientes conservadoras, esto no invalida el hecho de que existieron militares reformistas y revolucionarios en diversos niveles de las instituciones castrenses. Después de 1940, la presencia de las tendencias progresistas entre los militares mexicanos se hace cada vez más débil.

Reformismo civil y progresismo militar

En realidad, si los momentos más álgidos de las crisis económicas y sociales están asociados a movimientos progresistas de elementos militares, esto tiene su equivalente en el ascenso de movimientos reformistas entre otras fuerzas sociales. Es en este marco que se localiza el surgimiento y avance político de diversos partidos nacionalistas burgueses de corte reformista como es el caso del APRA peruano o del MNR boliviano. Para esos mismos años se fundan también la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, adquiriendo algunos de ellos una fuerza considerable para fines de la década 30, como ocurre en Cuba.

Hay inclusive una vinculación política entre militares progresistas y las organizaciones reformistas civiles. La Logia Militar RADEPA (Razón de Patria) establece lazos múltiples con el MNR en Bolivia; del mismo modo, como vimos, Carlos Prestes, el oficial que encabezara las famosas columnas de tenientes brasileños en los años veinte, sería posteriormente un destacado militante del Partido Comunista del Brasil. Incluso antes del golpe pro-oligárquico argentino de 1930, es innegable que existían en la milicia elementos ligados a sectores avanzados del radicalismo.¹¹

Para los años que abarca el estudio, ya es notable el desarrollo de las ideas y de las organizaciones comunistas y socialistas en las zonas urbanas,

¹¹ Al triunfo del Radicalismo en 1916, oficiales y jefes militares argentinos organizaron una Logia para 'desterrar al ejército de la política'. En realidad, querían desterrar en los uniformados las ideas de dirección 'populista' sustentadas por el Partido Radical. Consúltese el libro de Darío Cantón *La política de los militares argentinos*. Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971, p. 100.

especialmente entre los trabajadores industriales y algunos intelectuales. En este clima, son relativamente difundidas dichas ideas entre oficiales y elementos de tropa. Esto no es en rigor algo que alcance a núcleos mayoritarios en la base de las fuerzas armadas. No obstante, esas corrientes, ligadas a las difíciles condiciones que presenta la vida del soldado en el régimen cuartelario, configuran un notable elemento insurreccional. Es así que en condiciones extremas de favoritismo, corrupción y abuso del oficial sobre sus subalternos la inconformidad alcanza, en un momento dado, proporciones de rebelión. Eso fue lo que aconteció en Cuba, hacia septiembre de 1933. Por razones similares a las anotadas, aunque con alcances más modestos, en México hubo en 1934 una serie de protestas en el Primer Regimiento de Artillería de Montaña. Se creó un comité de soldados para presentar un conjunto de demandas motivadas por la inquietud reinante entre la mayoría del personal de ese regimiento contra los abusos de la superioridad. Este movimiento despertó simpatía entre otros destacamentos, incluso se integró un comité de solidaridad en el que participaban policías de la ciudad de Toluca, pidiendo la libertad de varios soldados arrestados a raíz de la protesta.¹²

De otra parte, en la década 30 América Latina contempla una suerte de redefinición parcial en los términos de su relación con el imperialismo norteamericano. La política de buena vecindad planteada por la administración de Roosevelt trata de evitar las intervenciones militares estadounidenses en la región latinoamericana. Lo cierto es que se refrenan las intervenciones directas, mientras que las presiones diplomáticas, económicas y políticas se mantienen e incrementan. Esta modificación relativa favorece indirectamente, en determinados procesos, el avance de corrientes progresistas en los aparatos militares del subcontinente.

Por último, en lo que respecta a los proyectos políticos que siguieron los regímenes encabezados por militares progresistas, advertimos que en general trataron de implementar mecanismos modernizadores, con matices nacionalistas, reformistas y aun antimperialistas. En lo fundamental, se busca la superación del sistema de dominación oligárquico, abriendo canales para una mayor participación política de los sectores populares, aunque siempre bajo la tutela estatal y sin rebasar los márgenes del sistema capitalista. Así, el gobierno de Cárdenas en México lleva a efecto una serie de medidas que se orientan en este sentido. A grandes rasgos, la misma dirección antioligárquica sigue la efímera república socialista chilena del año 1932. Del mismo modo, puntos similares se aprecian en el régimen del boliviano Germán Busch, quien fuera definido como 'socialista militar'. Evidentemente, cada experiencia de las aquí anotadas presenta características propias y las distinciones son múltiples; pero su denominador común estriba en los fines antioligárquicos. Y ello, inde-

¹² *El Machete*. México, No. 293, 30 de mayo de 1934, p. 2; y No. 295, 30 de junio de 1934, p. 2.

pendientemente de que dichos regímenes cristalizaron o no sus propósitos en hechos.

A manera de conclusión

En los casos que estudiamos, las orientaciones nacional reformistas quedaron más o menos circunscritas a fracciones variables de las fuerzas armadas. En determinados procesos, esas fracciones llegaron a asumir el mando militar e incluso encabezaron el aparato de Estado; pero no modificaron la formación ideológica en el grueso de la oficialidad y menos de los mandos armados. Tarde o temprano, los elementos políticamente avanzados se vieron rebasados por los más conservadores; o bien, retornaron a las posiciones acostumbradas de defensa del orden establecido.

Las fuerzas armadas, en tanto forman parte de la sociedad, no pueden sustraerse a un sinnúmero de procesos y contradicciones que intervienen en el devenir de la misma. En efecto, las luchas políticas también repercuten en el seno de los organismos militares, sólo que en condiciones normales su organización interna y su función dentro de la propia formación social, los colocan en un universo específico. De esta suerte, constituyen una categoría social en la que si bien ocurren diversas manifestaciones de la lucha de clases, también existen mecanismos que permiten mantener su cohesión interna y garantizar la obediencia de la base hacia los cuadros dirigentes del aparato militar. Sólo cuando la hegemonía de las fracciones oligárquico-terrateniente y mercantil es cuestionada por los desequilibrios económicos tan intensos generados por la crisis, también se presentan síntomas de ruptura interna en los establecimientos armados. En este sentido, esta ruptura se supera en la medida en que la crisis va hallando salida bien sea con soluciones de matices populistas, o bien con matices corporativistas o a través de frentes democráticos amplios. De esta suerte, se desmembran los regímenes oligárquicos o se establecen situaciones de compromiso entre los intereses oligárquicos y las ramas industriales o financieras de la burguesía nativa. Al mismo tiempo, se redefinen los términos de la dependencia respecto del imperialismo. Con ello se transita sobre senderos tal vez no muy novedosos, pero en los que están presentes cambios diversos.

Por otro lado, el papel desempeñado en estos procesos por las clases trabajadoras no siempre fue importante. Es más, cuando lo fue, dichas clases no tuvieron en sus manos la dirección política; existiendo incluso una desconexión entre militares rebeldes y capas populares. De una u otra manera, quienes llevaron la dirigencia habían surgido primordialmente de los sectores sociales medios, incluyendo a sectores de la propia burguesía.

Lo cierto es que el progresismo militar no se agota como experiencia en el período que se ha visto. En otras partes de América Latina ha surgido años más tarde. Recordemos, por ejemplo, la revolución guatemalteca iniciada en los años de la segunda guerra; o bien, más recientemente, la experiencia boliviana en el régimen de Juan José Torres, y el gobierno peruano durante varios años después de 1968. Sólo que ellas no ocurren con la frecuencia y relativa simultaneidad de los años próximos a la crisis de 1929. Y si en cambio estamos ante una panorámica continental en la que regímenes militares autoritarios dominan la escena. Evidentemente, las diferencias contextuales son de consideración, pero su análisis debe ser motivo de un estudio que escapa a los propósitos de éste.